

Miriam está a punto de encontrar el argumento de su novela.

Tenía ya en mente algunos personajes, todos femeninos, pues ése era el mundo que le rodeaba.

De repente se imaginó que todas aquellas mujeres que formaban parte de su vida: modelos, diseñadoras, maquilladoras, fotógrafas, publicistas..., estaban encerradas en un convento.

Aquella idea sonaba un poco surrealista, la verdad, pero al menos podía tratar de desarrollarla puesto que se le había ocurrido a ella, y la sentía como una especie de creación propia.

Quizás fuera cuestión de perseverancia, de darle forma como a una figura de barro, del mismo modo que el propio creador lo había hecho con Adán.

Al fin y al cabo sentía como si esas mujeres poseyeran semejanza con las monjas, tal como ella misma suponía poseer.

Todas tenían en común el idolatrar la moda y el postrarse de rodillas ante ella, obedeciéndola ciegamente.

Ahora se le ocurría que las ciudades, como en la antigüedad, se encontraban repletas de conventos llenos de féminas a rebosar, pero que los muros de piedra se habían transformado en escaparates.

Qué disparate.

Entonces se reía de ella misma y de sus ideas descabelladas.

Al instante dejaba de sonreír y su rostro adquiría la gravedad acostumbrada cuando se encontraba en el trabajo.

De nuevo volvía a soltar pequeñas risotadas imaginándose que los collares eran como los crucifijos colgando del cuello de las novicias modernas y que esos zapatos de tacón incómodísimos sustituían realmente a los cilicios.

La carcajada era aún mayor, y lo cierto es que estaba disfrutando de su imaginación como no recordaba haberlo hecho en toda su vida.

Una sonrisa pícaro de Mona Lisa se dibujaba en su rostro.

Tras la idea que acaba de cruzar como una estrella fugaz por su universo cerebral, permaneció boquiabierto.

Algo le había hecho descubrir que no era habitual ver imágenes de mujeres con rostros de aspecto tan gozoso como el de la misteriosa pintura de Leonardo da Vinci. Ese pensamiento la condujo hasta el famoso bestseller basado en la unión carnal entre Jesucristo y María Magdalena, que una mujer llamada Sofía, como la filosofía, llegaba a desvelar.

Por cierto, El ocho es uno de los libros prohibidos por el Opus Dei, se decía.

Con la expresión suspicaz de una detective trataba de desenmascarar a un sospechoso ignoto.

¿Quién demonios me habrá hecho pasar tantos años sin gozar de mi propio pensamiento?, se preguntaba ofendida y enfurecida.

Su mirada se tornaba iracunda como la de una imagen que acostumbra a ver, aunque no recordaba exactamente dónde.

Tras darle vueltas a la razón de esa furia que la invadía, recordó el logotipo de Versace.

Todo tenía una explicación y gracias simplemente a tratar de escribir una novela, había resuelto por azar una complicada ecuación.

Entonces, el Opus Dei, Aznar, la Botella, Esperanza Aguirre y toda esa tropa opusina estaban detrás de la conspiración para convertir a las jóvenes madrileñas en las mujeres castas y devotas de una nueva religión perversa.

Al fin todo cobra sentido, y ahora sabe muy bien de qué tratará su libro.